

Elia, una cigüeña en apuros

Un anuncio llamativo, con letras grandes y luminosas, señalaba la entrada al enorme edificio donde Elia tendría su primer día de trabajo: Corporación de Reparto Aéreo de Animales Bebés.

No importaba si antes la habían llamado “distraída”, “pesimista” o “despistada”, Elia estaba lista para repartir bebés en la empresa más grande del mundo. Volar para ella era algo muy natural, porque era una cigüeña.

Los empleados nuevos siempre debían elegir su área especializada de reparto, porque estaban clasificadas por especies de animales, peso o características específicas, como si salían de un huevo o no. O si los animales eran acuáticos, que es cuando viven en el agua.

Elia sabía que en el área de Grandes Mamíferos Terrestres hay bebés demasiado pesados como los rinocerontes, búfalos o elefantes. Por ejemplo, para entregar a un bebé elefante se necesitaban veinte cigüeñas y la mamá tenía que hacer el pedido con ¡casi dos años de anticipación!

—No puedo ayudar a entregar bebés tan grandes. Mi pico podría lastimarse. ¡Qué digo lastimarse, romperse! —gritó asustada— No, no, no, eso no es para mí.

También había observado lo difícil que era entregar bebés jirafas. En ocasiones, no eran envueltos adecuadamente y los cuellos o patas de las jirafitas se salían, colgando por los aires. No es que fuera peligroso, pero era muy incómodo para las cigüeñas coordinar un aterrizaje forzoso y empacar nuevamente a las jirafas.

—A veces las jirafas se marean, se asustan o lloran. No me gustan las lágrimas y menos los vómitos. No quiero eso. —Pensó Elia, mientras se decidía a seguir buscando.

Otro de los departamentos era el de los Extra Frágiles, ahí entregaban bebés dentro de huevos. Tenían que ser muy cuidadosos porque era posible que los empaques se rompieran. Las aves o las serpientes bebés podían salir antes de tiempo y eso resultaba un desastre.

—Hay historias de huevos que se rompieron durante el vuelo y los bebés se ponían llorones y hambrientos. Y cómo olvidarnos de las mamás enojadas o tristes por perderse el nacimiento de sus pequeños. ¡Ay no, de nuevo llanto y tristeza! —Se repitió Elia con desgano.

Una lista enorme y detallada anunciaba las divisiones de la corporación y Elia estaba analizando la primera página:

Tipo de bebés	Especificaciones	Ejemplos	Observaciones para el puesto
Grandes Mamíferos Terrestres	Debido a su peso deben ser entregados por un grupo numeroso de repartidores.	Elefantes, rinocerontes, búfalos, jirafas...	Rechazado
Extra Frágiles	Se entregan en huevos y deben abrirse frente a su mamá.	Aves y algunos reptiles.	Rechazado
Mamíferos Marinos y Peces	Deben ser entregados en contenedores con agua o dentro de los picos de pelícanos. Si su tamaño es muy grande, un grupo de aves especializadas en aterrizajes acuáticos deben llevarlos.	Ballenas, delfines, tiburones y peces de todo tipo de agua dulce o salada.	R

—Me imagino qué pasaría si se rompe el empaque mientras llevo peces: me mojaría las plumas y pondría a los bebés en riesgo. ¡Qué miedo si les pasa algo! —volvió a decirse Elia, escribiendo una “R” roja para escribir “Rechazado”.

El departamento de bichos tampoco llamaba su atención, de nuevo pensaba en las complicaciones:

—Aunque la carga es muy ligera, los huevos son pequeñísimos y hay que entregar muchos al mismo tiempo. ¡Qué hago si se me pierde uno! No puedo llevarle a una mamá catarina 49 huevitos amarillos en lugar de los 50. Además, el desarrollo de los bichos es rapidísimo y son

considerados como “entrega inmediata”. ¿Y si me pierdo y termino entregando un grupo de niños o adolescentes en lugar de bichitos bebés? —dijo preocupada Elia.

Los dueños de la empresa decían que un repartidor tenía que hacer siempre su “trabajo de manera rápida, eficiente y con calidad”. Elia no entendía muy bien qué querían decir con todo eso, pero en resumen es que tenía que ser buena y hacer a una familia feliz. Por eso quería un departamento que le gustara y no le causara mayores problemas, así que después de releer toda la información sobre las entregas, encontró algo que le llamó mucho la atención: Departamento de Osos.

—Los osos son peludos y fáciles de distinguir según sus colores o características. Tampoco necesito aprender tantos nombres para entregarlos: oso negro, oso pardo, oso polar, oso panda, oso grizzli... No tengo que darme prisa volando, porque los osos son entregas regulares y los cachorros no son tan pesados. Tampoco hay que llevar muchos a la vez y entre más pequeños, más dormilones. También puedo llegar a conocer muchos lugares del mundo. ¡Osos, osos, eso quiero: osos! —gritó con entusiasmo.

Elia llenó contenta su aplicación para el trabajo. Estaba listísima para recibir un curso de capacitación de 30 días para aprender todo sobre los osos y el equipo necesario para transportarlos, pero no todo lo que había planeado saldría como quería.

En el primer instante en el que Elia puso una de sus largas patas dentro del Departamento de Osos se dio cuenta de que era un completo caos. Hojas de papel volando de un escritorio a otro. Graznidos, cacareos y gritos salían desde la oficina principal. Un ave en un rincón se arrancaba las plumas de la cabeza desesperadamente. La secretaria, una gallina, no dejaba de poner un huevo tras otro por el susto.

Elia no sabía para dónde mirar ni qué hacer. Comenzaba a pensar que el Departamento de Bichos no estaba tan mal, cuando una voz potente le gritó:

—Hey, tú, largirucha, ven para acá —dijo el licenciado Aguilardo, un imponente águila real que era el gerente del Departamento de Osos.

—¿Me habla a mí? —contestó Elia con voz temblorosa, mientras su estómago comenzaba a burbujear por los nervios.

—Sí, ¿a quién más? Tenemos un problema enorme: la señora Osalinda Iceberg, una osa polar del Ártico, nos solicitó por carta a su primer bebé. La entrega está retrasada más de tres semanas porque ese pajarraco —dijo señalando al ave que se arrancaba las plumas de la cabeza— lleva semanas clasificando mal las cartas. Ahora ella y su familia están ansiosos por recibir al osito polar y nosotros tenemos que resolver este asunto ya. ¡Tú vas a entregar el paquete!

—¿Yo?, pero señor, yo acabo de... —Elia no pudo terminar la frase porque el licenciado Aguilardo la interrumpió.

—Esta entrega es urgente y es nuestra máxima prioridad. Aquí nos tomamos muy seriamente los deseos de las mamás y no podemos permitir que la señora Iceberg siga esperando. ¡Anda, vete ya! No sé por qué tengo que explicarte todo esto, pareces nueva. ¡Eso sí, no quiero más errores!

—gritó Aguilardo, mientras lanzaba una mirada que puso a temblar a Elia.

Elia, asustada, corrió como pudo a la bodega para cumplir con su misión. No era buena trabajando bajo presión, se ponía más nerviosa y torpe. Había algunas cajas que decían **“ENTREGA INMEDIATA”** con grandes letras rojas. Ella, queriendo ahorrar tiempo, le echó un vistazo rápido a la ruta de vuelo y comenzó a observar los paquetes para buscar el suyo. De uno de ellos, vio que una pequeña patita blanca y peluda se asomaba de entre las envolturas.

—Esta preciosa patita blanca es la de un osito polar. Estoy segura. Ninguno de los otros tipos de osos es blanco, porque no viven en la nieve. Debo apurarme —con dos aletazos rápidos se dirigió a la zona de despegue, donde recogió su maleta de vuelo y puso en su pico a la esperada carga.

Mientras tanto, en algún lugar del Ártico, la señora Osalinda Iceberg había cavado con sus propias garras la habitación para el bebé. Una hermosa cuna de hielo estaba en el centro y de ella colgaba un móvil con estrellas y lunas de colores. Dibujó en las paredes nubecitas y un sol sonriente con mejillas rojas. Hasta pensó en una puertecita que conectaba directamente a una piscina, para que su pequeño aprendiera a nadar cuanto antes. ¡A los osos polares les encanta el agua! Todos en el pequeño poblado querían conocer al nuevo habitante polar y las expectativas crecían conforme la demora se hacía más grande.

Elia estaba por descubrir que, en ocasiones, las cosas que están mal pueden ponerse mucho peor. El vuelo transcurría y Elia comenzaba a sentir más frío. Sus patas y pico se sentían

entumecidos. Por las prisas, había olvidado su abrigo y sus gafas de aviadora y una tormenta de nieve la obligó a hacer un aterrizaje forzoso justo antes de llegar a su destino. A lo lejos se veían las luces del pueblito de la señora Iceberg.

Elia buscó un sitio calentito para resguardarse. No sabía qué hacer en estos casos, pero supuso que el bebé tendría hambre. Buscó en su maleta y encontró diferentes papillas: unas con sabor a pescado, o frutas, otras de bambú y hasta algunas que tenía un toque de hormigas. También había pañales limpios y chupones.

El bebé comenzó a moverse y Elia abrió el paquete con un movimiento rápido. La cara de la cigüeña cambió de color, el pico se le abrió de la impresión y se frotó insistentemente los ojos con las alas. No podía creer lo que estaba viendo. Frente a ella tenía a un tierno osito dormido de patitas, orejas, collar y antifaz blancos. Y con cabeza y cuerpo negros. ¡Era un tierno y bello osito panda, pero tenía los colores invertidos! ¡Jamás se había visto algo así y ella lo tenía ante sus ojos!

En ningún manual de la empresa había leído nada sobre ositos panda invertidos. Nerviosamente envolvió el paquete como pudo y se dirigió volando sin parar hasta el pueblo. No le importó la tormenta ni el frío ni que la nieve se metiera a sus ojos. Tenía que hablar urgentemente con la señora Iceberg.

Después de unos minutos Elia había llegado al pueblo de la señora Osalinda. Pudo ver a lo lejos a un grupo grande de osos polares que ya la esperaban en el aeropuerto, seguramente su jefe, el licenciado Aguilaro, había informado de su llegada.

—Ahí viene la cigüeña —gritó un oso, mientras los demás comenzaron a aplaudir y dar saltos de alegría.

Elia tenía las plumas congeladas y por los nervios las patas se le enredaron y aterrizó de panza. Por fortuna, el paquete cayó suavemente sobre la nieve. Se abrió ahí mismo frente a la mirada curiosa de los asistentes. Los aplausos se detuvieron.

El osito panda de colores invertidos se despertó con la caída y abrió los ojitos buscando a su mamá. Uno de los osos polares rompió el silencio:

—¡Wow! Ése es un oso p... —dijo, mientras fue interrumpido por la señora Iceberg.

—Sí, es un hermoso oso pandita, un pandita polar, y es mi hijito. Nadie puede decir lo contrario, porque al verlo sé que es justo lo que estaba esperando. ¡Bienvenido, pequeño, soy tu mamá! —dijo la señora Iceberg mientras tomaba amorosamente al osito en brazos y agradecía con una enorme sonrisa a Elia por la entrega.

Los demás osos cambiaron rápidamente la confusión por risas alegres. Y comenzaron a hablar de la inusual equivocación que había llevado a tener un panda tan especial en el Ártico.

Elia se sentía satisfecha por el resultado. Toda su preocupación se había convertido en felicidad al ver a la nueva familia reunida. Sabía que era afortunada por haber entregado en su primer día de trabajo al único panda polar que existe en el mundo.